



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9109

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

—CONDICIONES—

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreta, rue Cassini, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CALLE MAYOR 91.—

Anisado de Naranja y Aguardiente Catalán «Flor de Anis.» MARCA FARELL

LOS MAS SUPERIORES ANISADOS CONOCIDOS HASTA EL DIA Y LOS QUE POR SUS VIRTUDES TÓNICO-DIGESTIVAS, FUERON PREMIADOS CON MEDALLA DE BRONCE EN LA EXPOSICIÓN DE BURDEOS EN 1882 Y CON LA DE ORO EN LA UNIVERSAL DE BARCELONA DE 1888.

De venta en las principales botillerías, cafés, colmados y confiterías y en la misma fábrica, Carmen 54, Barcelona.

Representante exclusivo para las provincias de Albacete y Murcia, DON FERNANDO GIMÉNEZ DE BERENGUER, calle de Martín Delgado, núm. 9, principal, Cartagena.

JUEVES 10 DE MARZO DE 1892

LA MADRE ESPAÑOLA

II

Todas las madres son madres; pero ¿llenan todas su misión?

Todas son un manual de amor, porque, por naturaleza, la mujer es el cordial de la vida; pero desempeñen bien ó mal su cometido, su misión sacra y trascendental, según su cultura será completa ó defectuosa.

La madre sud-americana por ejemplo, es muy tierna, compasiva y hospitalaria. Es muy religiosa, por tradición y costumbre, pero, poco ilustrada y sin convicciones. De ahí que, si bien cultiva el gusto artístico con la música y piano, carece de hábitos de labor, fáltale la entereza, dista mucho de ser la mujer fuerte.

Para ellas son preferidos los europeos; más ¡ay! qué cuadros ofrece el interior de aquellos hogares! Si ellas pueden aportar buen capital, menos mal; si carecen de él ó éste se agota ¡cuántas amarguras! ¡cuántas lágrimas! Qué porvenir tan triste para sus hijos!

Piensen querer mucho á sus hijos con consentirlos todo, pero en realidad son piersden; ligeras, volubles, ignorantes, sin convicciones; con su tinte exterior de religiosidad y nada de ilustración: no saben, en general, educar sus hijos, y con frecuencia la mala educación va sancionada con su ejemplo.

Faltas de hábitos de labor, sus

casas están desprovistas de adornos el aseo y pulcritud es baladí y exterior, no saben cuidar sus hijos enfermos, no saben vestirlos con gusto; suben, crecen y vegetan éstos porque todo, hasta la naturaleza, es pródiga allí.

Cuando una adversidad les acomete, se amilanan, la embriaguez es su lenitivo.

Si tuvieran menos piano, más ilustración, más hábitos de labor femenina, menos tinte de exterioridad religiosa pero más sólida su educación moral y ejemplos domésticos tendrían más virtud; la liviandad y sangre viecida abundaría menos, los hijos serían más robustos, su porvenir sería más risueño.

Aspiraciones muy distintas ostenta la sociedad norteamericana, y son las manifestadas por algunos de los modernos partidarios de la emancipación de la mujer.

Cuéntanse allí numerosas doctoras en ciencias, en derecho, en medicina y hasta con aspiraciones políticas y pretensiones á la presidencia del gobierno.

Persuadidos por convicción de que la sociedad es defectuosa, porque lo es la humanidad en su civilización ó cultura de sus facultades, no nos declararemos enemigos sistemáticos de estas aspiraciones; iremos donde los destinos de la humanidad nos conduzcan.

Sin embargo, debemos declarar que, no consiste en la satisfacción de tales ó cuales aspiraciones femeniles la emancipación de la mujer, por la sencilla razón de que, una

aspiración no cambiará jamás su misión.

La mujer esclava, supeditada ó emancipada que sea, no podrá despojarse jamás de su misión natural, la de la maternidad. Sea el ángel salvador del hogar, sea la esclava supeditada; sea la matrona digna, sea la cocote abyecta; sea la doctora con diploma, sea la sencilla y hacendosa de la rueca; sea la aristócrata de salón, sea la artesana del taller, jamás se despojará de su sexo y con él de los atributos naturales de la maternidad.

Los yankees, pues, en todo excéntricos, podrán darnos doctoras; los ilusos, empeñados en imitar sus excentricidades, por crearlas porta estandarte de la civilización y emancipación de la mujer, podrán pretender proclamar el derecho femenino á la cátedra, á la política, al poder; pero, nunca darán al traste con la maternidad.

Las mujeres facultativas serán siempre contadas excepciones, como las hay para el claustro, para la vida célibe; pero jamás constituirán la masa común femenina, las madres: estas jamás desertarán. La maternidad es su misión, el diploma una aspiración excepcional.

Es cierto que la mujer es un ser racional, igual al hombre; es cierto que ningún título justifica el que el hombre la supedita y despotiza, pero también es cierto que el hombre compete la representación y dirección social; á la madre, el hogar, su administración y cultura. La emancipación de la mujer clama contra el despotismo del hombre y viciosas instituciones de éste; no contra la maternidad, bella misión natural, ineludible.

La mujer norteamericana, pues, es muy afecta á la ilustración, como hija del libre examen, pero es por la misma razón rigidamente religiosa y trabajadora.

Estas dotes de rigidez y lectura despojan su amor de las ternuras que caracterizan nuestras madres

españolas; el interior del hogar no está adornado de labores brotados de sus dedos, y el corazón del marido se siente menos extasiado y embriagado de amor por la frialdad del formalismo y seriedad.

Es que el racionalismo, sienta bien al hombre, hiela, desnaturaliza y sienta mal en la mujer, nacida para amar, prodigar desvelos y consagrarse.

MODESTO MARTÍ.

(Continuará)

VARIEDADES

COLABORACIÓN INÉDITA.

ALEGRÍA Y TRISTEZA

Hasta turba el silencio nocturno: La nieve desciende lenta y paulatinamente, cayendo suave sobre la tierra. El viento á intervalos hace crujir las maderas de mi ventana y silba entre las hendiduras y rendijas; estriba en las vidrieras con fuerza inusitada y lanza sobre ella copiosos copos que se deshacen instantáneamente.

—Qué noche,—exclamé—qué noche para los pobres infelices que carecen de hogar, de pan y de cariño... ¡Qué noche, Dios mío!

En esto, el reloj de mi cuarto, da con pausado compás y grave timbre las once. Echo una firma al brasero—que ya se iba apagando—y me dispongo á calentarme un poco, mientras daba las últimas chupadas á un pitillo infumable, para volverme á estudiar.

Me sentía algo fatigado por los quehaceres habituales, sin embargo, era necesario trabajar sin disculpa. Cogí un libro, el primero que á mis manos llegó y puse el codo sobre la mesa y la mano en la frente, mientras que con la izquierda sostenía el libro, me puse con verdadera ansia á estudiar.

No bien había vencido tres cortas lecciones, cuando los acordes de una guitarra que partían de una taberna sita en la casa de enfrente, llegaron á mi oído, perturbando mi tarea.

Al poco rato, un cantaor de flamenco, se arrancó por sentidas malagueñas, recalcando más el silabeo que un tartamudo de nacimiento; y un coro de bobos,

alegres ya por el exceso de bebida, acomparaban á cada copla, con estruendosas voces, diciendo, «ole, venga de ahí «tu mare» con su correspondiente palmoteo, patadas y gritaría.

Será cosa de dejarlo, me dije, pues cualquiera se mete el binomio de Newton, en la cabeza, teniendo al lado tal bullanga.

Abri un poco la ventana, para que saliera el aire enrarecido de mi aposento é inmediatamente cerré, no sin ser saludado por los blandos copos que á más y mejor caían.

El suelo estaba cubierto de esa hermosa y deslumbrante blancura con que la naturaleza se cuida de alfombrarlo todos los inviernos.

Desgarraba su aguardientosa garganta el cantaor en sus constantes gorgoritos, sin que hubiera otro guapo en el barrio que desafiara de ese modo á tiempo tan inclemente. Coji la palmatoria, encendí la bujía y me dirigí al dormitorio; me acosté y di un soplo á la luz.

El agudo timbre de una campanilla que en la calle tocaban oi bastante claro. Tílin, tílin, tílin...—volvió á sonar.—No hay duda, esto no es por bien, exclamé sobresaltado.

El rodar de un coche, se dejaba sentir, aunque sordo y modificado por la blanda cubierta del suelo. La campanilla sonaba cada vez más claro su sonido. Salté precipitado del lecho, me empecé á vestir, y de pronto penetra una lánguida claridad por mi ventana que reflejaba en la opuesta pared una rápida danza de figuras difusas y desenfocadas que me hicieron

Rápidamente pasaron aquellos ambulantes espectros por la pared, yo estaba concluyendo de calzarme. Salí, y con mi llave abrí la puerta de la calle y penetré acompañando al Santo Viático, en mi vecina casa. Entramos en una habitación del cuarto segundo; en una alcoba, casi desamueblada, se destacaba un catre de hierro, con unos guñapos por colchones y sobre ellos descansaba—al parecer—una anciana, cuya cabeza, bordada de argenteos hilos, juntamente con unos extremados barrancos por las mejillas, surcadas de pronunciadas arrugas, y unos ojos hundidos y marchitos... la faz desencajada y cadavérica... acusaban una edad avanzada y una suerte segura, por cierto no muy lejana.

UN DRAMA EN NAPOLES. 185

ra, no me queda nada, ni botellas, ni pellejos, ni barriles. Bebo agua cuando la tengo, porque mi hijo no siempre me la trae. ¿Queréis darme agua? tengo mucha sed.

Se dio de beber á la ciega, y mientras tanto los soldados se repartían por la casa.

Escudriñaron todos los rincones con un ardor admirable, miraron debajo de la cama, golpearon todos los tabiques para descubrir si ocultaban algún escondite.

De la casa propiamente dicha, pasaron á una especie de establo pegado á ella, y tan vacío como todo lo demás.

Ningún indicio aparecía.

Sin embargo, los soldados encontraron al lado de un montón de yerba, un objeto que acusaba la presencia reciente de una persona en aquel sitio; este era un botón de poianas.

Además, mirando como detenidamente, se veía la yerba apedrada por el suelo, como si acabara de servir de cama á alguna persona poco escrupulosa en la calidad de los colchones.

—Buena, dijo René, aquí hay un indicio. Ahora se trata de no perder la pista.

—No hay ninguna huella por ahí fuera? preguntó el oficial piemontés á uno de sus hombres.

—Ninguna, mi capitán.

El pastor que había servido de guía á la tropa, se aproximó entonces y dijo con tono solemne:

—Juro que Fra Giacomo no ha salido de esta casa,

184 EL ECO DE CARTAGENA.

con malas compañías, y me ha abandonado por irse con algunos bribones que me han robado su cariño. Me he quedado sola, completamente sola. De vez en cuando, mi nieto vuelve; comemos los macarons juntos, y después se marcha de nuevo. No me ha traído nada desde anteaer; esta noche creí que era él quien entraba, pero me equivoqué. Y sin embargo, estoy segura de que alguien ha venido, á menos que lo haya soñado.

La vieja echóse á llorar, extendiendo los brazos como para buscar un punto de apoyo. Hubiera querido levantarse y escapar de aquellos importunos, pero á dónde ir? En su impotencia, murmuraba con sus mandíbulas sin dientes, invocaciones á todos los santos del cielo.

—De modo—replicó René tratando de aprovechar las confesiones que el miedo había arrancado á la anciana—que alguien ha entrado aquí esta noche?

—Sí, mi buen señor. Esta es una casa abierta, en donde puede entrar todo el que quiere; no hay perros que puedan avisar, y mis gallinas dormían lo mismo que su gallo.

—Entonces no sabeis en donde se ha escondido el hombre que entró en vuestra casa?

—Jesús mío! en dónde queréis que se haya escondido? En la cueva? Está vacía. Ay! en tiempo de mi pobre marido, teníamos buen vino blanco de Calabritto, vino claro y dorado como la paja seca. Lo bebíamos en las grandes fiestas del año y el día de San Javier; pero aho-

UN DRAMA EN NAPOLES. 181

La vivienda designada por el pastor, no tenía gran apariencia. Era una pobre casita construida de ladrillos encarnados, y muy deteriorada por el tiempo. No tenía más que planta baja, y estaba cubierta por un tejado medio hundido.

En el patio se veían algunas moreras: una gallina picoteaba el suelo, y al acercarse los soldados huyó asustada.

—Es aquí? preguntó el oficial.

—Sí, contestó el guía.

El capitán italiano desenvainó la espada, y entró en la casa.

—A la gracia de Dios! dijo.

Y dirigiéndose á René, añadió:

—Me acompañais?

—Sí, capitán.

Pero en vez de sacar el sable ó amartillar sus pistolas, René, como verdadero oficial francés, cojió un junco algo grueso.